

MACKAY, Ruth (2019)

Life in a Time of Pestilence. The Great Castilian Plague of 1596-1601

Cambridge: Cambridge University Press. 275 p.

ISBN 978-1-108-49820-3

Ruth MacKay es doctora en Historia por la Universidad californiana de Berkeley. Es autora de varios ensayos: *The Limits of Royal Authority: Resistance and Obedience in Seventeenth-Century Castile* (1999), «Lazy Improvident People»: *Myth and Reality in the Writing of Spanish History* (2006) y *The Baker Who Pretended to be King of Portugal* (2012). Su último libro nos acerca a la vivencia cotidiana de Castilla durante el terrible contagio de peste ocurrido entre los años de 1596 y 1601, que causó más de medio millón de defunciones y fue clave, entre otros factores, en el arranque de la decadencia económica y social que sufriría el interior peninsular durante el Seiscientos.

La irrupción inesperada de la actual pandemia por Covid-19 ha alimentado un nuevo interés por el estudio de las consecuencias que las enfermedades epidémicas tuvieron en nuestro pasado. La historia de las pestes tiene ya un largo recorrido historiográfico. Sin retrotraernos excesivamente en el tiempo, fue este un territorio de investigación recuperado por la historia económica y la demografía histórica europea desde finales de la década de 1940, especialmente interesadas por los efectos del contagio de 1348 (Y. Renouard, L. Febvre, C. Cipolla, J. Dhondt, M. Postan, Ph. Wolff, E. Carpentier...). Pero no fue hasta la obra del médico e historiador francés J. N. Biraben en 1975 cuando alcanzaría su mayoría de edad, culminando un fecundo diálogo interdisciplinar abierto dentro de la escuela francesa de los *Annales*, al sintetizar el estructuralismo braudeliano de su segunda generación con los aires innovadores de la llamada historia de las mentalidades que despuntaba entre los historiadores de la siguiente generación. A la par que se publicaba en 1969 en esta

revista un dossier con el título de «*Histoire biologique et société*» —en el que participaban médicos e historiadores como M. D. Grmek, el propio Biraben, J. Le Goff, J. L. Flandrin o el matrimonio Vovelle— aparecería el enriquecedor estudio, por lo que a fuentes documentales y metodología se refería, del profesor B. Bennassar sobre el impacto que la peste había tenido en el norte de España a finales del Quinientos, propuesta a la que pronto se unirían otros hispanistas franceses como B. Vincent para otros lugares de la Península. La propuesta de *Annales*, en el fondo, era la apuesta por el estudio de la calamidad en todas sus facetas estructurales —demográfica, económica, social, política y cultural— tanto en el corto como en el largo plazo. La llamada historia de las mentalidades añadiría el interés por conocer el impacto psicológico que las mismas había provocado en la larga duración dentro de la sociedad europea (J. Delumeau). Se trataba, en todo caso, de una historia inmovilista, cíclica, que dejaba poco resquicio a una auténtica antropologización de la enfermedad que nos descubriera el dinamismo de la vivencia cotidiana de las poblaciones ante ella, más definida por la conflictividad provocada por la emergencia del necesario disciplinamiento social sanitario impuesto por las autoridades para vencer a aquel «enemigo invisible» y por la rebeldía exhibida por algunos miembros de las comunidades para aceptar pasivamente la alteración de su día a día, como muy bien nos enseñó en su observatorio microhistórico de la localidad toscana de Montelupo durante el contagio de 1630, el historiador italiano C. M. Cipolla en 1977. Por su parte, la historiografía anglosajona fue siempre especialmente sensible a los aspectos del comportamiento social y político ante la

enfermedad, no solo en la línea institucional sino también en la dirección *thompsoniana* de la «economía moral de la multitud», que hizo entrar los aspectos de la conciencia cultural de los diferentes grupos sociales en el terreno de este estudio, como bien desarrollaría el profesor P. Slack en 1985 en su investigación sobre el impacto de la plaga en la Inglaterra de los Tudor y los Estuardo.

Entre estos dos últimos polos parece situarse en parte el libro de Ruth MacKay. Con la metáfora con que inicia la introducción de su obra, la del vuelo de la golondrina que desde lo alto de la meseta castellana otea la vida de las gentes de Castilla, su autora nos recuerda que durante el periodo moderno la peste siempre retornaba y que la vida, a pesar de ella, siempre continuaba durante y después. Nada más cierto. Cuando el barco *Rodamundo*, procedente de Dunquerque, desembarcó su terrible carga de muerte en las playas de Santander en 1596, la peste ya era una vieja conocida de los castellanos, a los que había visitado al igual que al resto de los habitantes de la Península al menos cuatro veces en el siglo XIV, once en el XV y no menos de seis en el XVI antes de que iniciara aquella última andadura, agravada entonces por una prolongada penuria alimenticia que haría expresar al famoso pícaro Guzmán de Alfarache, en la obra de Mateo Alemán, una frase que se haría célebre: «Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y del hambre que sube de Andalucía». No es de extrañar que MacKay considere que para aquel entonces la peste no despertara ya los sentimientos apocalípticos de caos y terror que había provocado en sus primeras apariciones y que la literatura renacentista, con su recuperación de los clichés clásicos como aquellos con los que Tucídides había descrito la plaga que asoló a los atenienses a mediados del siglo V a de C, fuera la realidad de lo que acontecería durante aquellos años finales del siglo XVI en Castilla. Por el contrario, su propósito es encontrar la naturalidad de la continuidad o, como

ella misma expresa, «lo ordinario en medio de lo extraordinario y como ambos polos estaban incrustados en el tejido del derecho, la costumbre, la memoria y el bien común» (pág. 1), sin que la plaga llegara a vencer la cohesión social y política de sus gentes (pág. 3). Situando su campo de observación sobre la mitad septentrional de Castilla, la obra se estructura no en el marco de la evolución cronológica y geográfica de la plaga, sino en un esquema temático que, simultaneando de un lugar a otro los episodios que encuentra en las diversas fuentes documentales que consulta, le permite intentar captar cuál fue la experiencia de la peste en su entorno político y cívico particular.

El libro se divide en una enumeración de escenarios que la autora inicia con «La Corte», recordándonos que aquella peste se sitúa en los estertores del reinado del moribundo monarca Felipe II y con el viaje prolongado durante meses de su hijo, bajo los auspicios del duque de Lerma, por las tierras libres de contagio de Valencia, a donde acude para recibir a su futura esposa, la archiduquesa Margarita de Austria. Aunque reconociendo que la peste sigue siendo un elemento de gestión política local (elemento que retoma en el penúltimo capítulo, dedicado a los «Concejos» municipales), con alguna excepción puntual como el caso de Madrid por su calidad de capital de la Monarquía, y con independencia de la información que los respectivos corregidores remitan al rey, el descalabro demográfico que provoca el contagio finalmente será un elemento de creciente preocupación para la política fiscal de la Corona, en un momento especialmente delicado de las finanzas reales y ante las crecientes demandas de las ciudades castellanas que, mermadas en su cobro de las alcabalas por la crisis comercial, solicitarán cada vez más la reducción de los encabezamientos. Y es que el tema fiscal, con o sin peste, ya era un tema sensible entre los arbitristas castellanos —entre

ellos Álamos de Barrientos— por aquellas fechas.

El segundo escenario lo dedica a las rutas internas de la comunicación y el comercio en la Meseta. Caminos que continuaron muy concurridos: de viajeros, de géneros, de correos o de médicos comisionados por sus ciudades para atestiguar la realidad del contagio en sus regiones más próximas y con ello poder prevenir con tiempo las medidas con que protegerse y que serían adoptadas por juntas sanitarias *ad hoc*. Investidas de la autoridad real, las ciudades castellanas irradiarían sobre sus entornos próximos las medidas a seguir, que eran publicitadas, en una sociedad iletrada, mediante bandos en voz alta por los pregones de cada lugar. La elaboración de listados de localidades supuestamente contagiadas —por lo perjudicial de la prohibición de todo comercio— siempre daba lugar a las quejas de los afectados por una información insuficientemente verificada y las malquerencias hacia ellos, y con frecuencia también invitaban a todo tipo de fraudes de los controles sanitarios. Vigilancia de posadas, destierros para los infractores y cuarentenas se convertirían en medios de control de la peste.

Las «Murallas», el tercero de los escenarios elegidos, que separaban el interior del exterior de las ciudades, adquirían así un papel protector que en lo militar ya hacía mucho tiempo habían dejado de tener en Castilla. Las guardias en sus puertas y los salvaguardias sanitarios expedidos por notarios o sacerdotes eran los únicos instrumentos para salvaguardarlas y flanquearlas. También, en sus afueras, se creaban en torno a santuarios los espacios que permitían el intercambio seguro de los bienes para su supervivencia. En todo caso, en el dilema entre peste y economía, MacKay siempre considera que la segunda prevaleció: por la vía legal o fraudulenta, «la puerta abierta —dirá—, siempre valió la pena» (pág. 115).

En «Mercados», la peste es insertada dentro de la gravedad de la crisis económí-

ca que Castilla atravesaba en el cambio de centuria: el declive de su industria y del comercio de la lana, la ruptura de los vínculos entre agro y urbe, el incremento de los precios del trigo que muestran una mala aplicación de la tasa no dejan de repercutir en un crecimiento del endeudamiento municipal con censos cuyos beneficiarios son justamente los propios miembros de sus élites que las gobernan, que actúan como principales prestamistas (pág. 121).

En las «Calles», el quinto espacio elegido, la autora nos muestra como el vigor de la economía urbana, de sus talleres artesanales, pierde su color, aquejada también por la retirada puntual de autoridades, familias poderosas y miembros del clero, sus principales clientes. Es en este capítulo donde MacKay se adentra en el terreno de la insolidaridad social, del «egoísmo» individual y colectivo que se despertaba en cada contagio: la carencia de efectivos sanitarios; el rechazo que despierta entre los pobres, acusados en ocasiones de ser sus propagadores, la destrucción de sus únicos enseres materiales por el fuego purificador; la clandestinidad de los entierros realizados en secreto en unas iglesias desbordadas por el número de muertos para no perder la relevancia de alcanzar la salvación eterna. Sin embargo, aparentemente, nada indica que en esta situación de tensión social provocada por la continuidad del contagio nada se descompusiera. No hay signos de rebeldía. No hay disturbios sociales reseñables. Las infracciones sanitarias están dentro de lo esperable y el orden parece imponerse a cualquier posibilidad de desobediencia social (págs. 173-178). Tampoco hay indicios de que las penas de las autoridades se impusieran rigurosamente y sí de que estas, religiosas o civiles, trataron de mantener una cierta distensión emocional, mediante rogativas procesionales a santos abogados contra la peste o, incluso, mediante la celebración de fiestas y toros en alguna que otra ocasión (págs. 184-185).

El último capítulo lleva por título «El lecho del enfermo». En él la autora atiende a la realidad asistencial durante el contagio, en especial a la insuficiencia de galeños, a pesar de que los municipios solían tener de continuo contratados con el producto de las sisas. El gran número de tratados epidémicos publicados durante este tiempo, MacKay los considera, salvo excepciones, poco realistas respecto al contagio o como proyectos de salud pública y más insertos en una tradición de debate teórico médico y en consecuencia, poco productivos. El pragmatismo se consagró más en las disposiciones municipales, en las decisiones de aislar e improvisar hospitales en edificios religiosos, medida no siempre entusiásticamente recibida por los religiosos, que en las propuestas de la medicina de la época sobre la enfermedad.

Las pestes, en todo caso, no parece que dejaran buen recuerdo entre la sociedad castellana, que fue muy proclive al olvido, a no dejar testimonios minuciosos en sus crónicas urbanas de aquellas, y sí más inclinadas, por el contrario, a describir la belleza y las excelencias de sus ciudades (pág. 247). El libro resulta interesante, sin duda, por esa avalancha de testimonios inéditos que la autora recupera de los archivos castellanos, aun siendo muchas, como ella misma señala en la introducción, las carencias documentales a las que se enfrenta. Esto la lleva en algunos momentos del libro a tener que recurrir a testimonios de otras épocas y lugares diferentes de los de las ciudades castellanas —con frecuencia recurriendo a los extraordinarios relatos personales que nos dejaron el artesano barcelonés Miquel Parets o el religioso valenciano Francesc Gavaldà de lo acontecido en Barcelona o Valencia durante el contagio de 1648-1652, cincuenta años más tarde—, aunque se trate de contextos históricos, cívicos y políticos diferentes. Aunque la autora declara que no pretende hacer un estudio de historia comparativa, centrándose tan solo en el escenario castellano, no es menos cierto que un

mejor conocimiento sobre la bibliografía existente sobre el estudio de las pestes en el resto de la Península (incluyendo los espacios de la Corona de Aragón) le habría permitido matizar algunas afirmaciones sobre la supuesta superioridad del repertorio de medidas sanitarias que tenía la Castilla de finales del siglo XVI respecto a otros puntos de la Península (pág. 52). No hay nada en toda su exposición que permita sustentar tal supuesto. El simple hecho de que los puertos del Mediterráneo español fueran la puerta de entrada de tres de cada cuatro contagios por peste sufridos en aquellos siglos hizo que ya de forma más temprana fuera en estos donde se acumulara la experiencia y se desarrollara una cultura sanitaria de prevención y lucha contra la peste muy próximos en su organización a los modelos erigidos en diferentes ciudades italianas desde finales del siglo XV. Ciudades como Barcelona, por privilegios reales, contaron no solo con plena potestad para legislar y castigar autónomamente en materia sanitaria, hubiera o no contagio, sino que desarrollaron una magistratura sanitaria con gran protagonismo de los facultativos de la ciudad, que actuaba de manera continuada con todo tipo de estrategias. Ello explica quizás la riqueza de sus archivos en esta materia, a diferencia de las ciudades del interior, menos expuestas a la amenaza potencialmente permanente de la llegada de los contagios por vía marítima desde el Levante.

En todo caso este libro tiene la virtud de asomarnos a través de una multitud de pequeñas ventanas a puntuales momentos de esas vidas anónimas de muchísimos hombres y mujeres castellanos que, a pesar de la enfermedad, pugnaron por seguir abriéndose paso en la lucha por la vida. En ese enjambre de vidas, la muerte parece ocupar poco espacio en este estudio. El enfoque elegido de estudio «de vida cotidiana», a pesar de la sucesión de imágenes que deja en nuestra retina, creemos que araña poco la superficie de la historia social de estos años. Aunque se apunta mucho,

poco es lo que al final se precisa sobre el rol que la peste tuvo en el crecimiento de la desigualdad social en aquel arranque del siglo XVII, en su responsabilidad en el crecimiento de ese mundo de errantes que caminaron de norte a sur por los caminos castellanos, en la aceleración que sufrió la venta de baldíos en los siguientes años, en el endeudamiento que ocasionó en muchos concejos la crisis que provocó y el siguiente paso de muchos comunales a tierras de propios. Falta poner nombre a esas élites municipales que se beneficiaron de

las desgracias ajenas. Falta dar voz a esos perdedores, que los hubo, de la peste y que sin duda debieron expresarla en esos procesos por delitos sanitarios. Si no, al lector le puede quedar finalmente la impresión de que la peste solo fue una mera invitada a los derroteros de una degradación de la vida castellana que se manifestaba por muchos otros caminos con el cambio de la centuria. Interrogantes que esperan, sin duda, todavía respuestas más profundas.

José Luis Betrán

Universidad Autónoma de Barcelona
<https://orcid.org/0000-0001-7830-9460>.

